

11. MORTIFICADOS Y CASTOS.

La mortificación, la renuncia, la abnegación son palabras desagradables para la naturaleza. Sin embargo, es el único medio de convertir al alma en dueña de los sentidos; es el único medio de hacerla libre para que se lance hacia Dios.

La gente de mundo se imponen mortificaciones para satisfacer su vanidad, su amor propio; lo que ellos hacen por vanidad, nosotros lo hacemos por un motivo sobrenatural.

Esta es la doctrina del Padre Coindre:

“La mortificación ennoblece el alma haciéndola señora de los sentidos, a los cuales somete, mientras que la inmortificación hace al alma esclava de los sentidos y de las pasiones”.

“Los seguidores del mundo se sujetan a mil molestias y contrariedades para lograr sus fines, para observar las fórmulas, para agradar, para contentar su amor propio; y nosotros, ¿no podemos, por el amor de Dios y por la virtud, hacer lo que hacen los paganos y las gentes del mundo por motivos puramente humanos? Si emprendemos generosamente esta lucha contra nuestras pasiones, en ella encontraremos la satisfacción y la felicidad. Nuestro corazón no puede ser feliz si no se siente libre y desatado de la servidumbre de sus malas inclinaciones. Sobre todo es preciso mortificar la voluntad: la mortificación de este género es la que más agrada a Dios”. (Máximas RJM).

Respecto a las mortificaciones no hace falta que nos rompamos la cabeza para trazarnos un programa o para saber si con este programa es suficiente. Ya están definidas, talladas a nuestra medida: la observancia de las Reglas, el cumplimiento de nuestras funciones y la vida en común.

“El amor a la penitencia los llevará a la observancia perfecta de sus Reglas, que es una continua mortificación de sus pensamientos, deseos, libertad y sentidos”. (Reglas VI, 2).

“Se imaginarán a Jesucristo, su maestro, instruyendo a sus apóstoles; y con esta consideración soportarán con paciencia la ignorancia, la rusticidad y la indocilidad de los niños, las quejas e ingratitud de los padres, así como los desprecios, el desdén y las contrariedades de la gente”. (Reglas VI, 1).

“Adquirirán la costumbre de renunciarse a sí mismos, no buscando las situaciones más agradables y las actitudes más cómodas, soportando con caridad tanto sus propios defectos como los de sus hermanos, tanto su vivacidad impetuosa como la parsimonia de los demás, tanto su hastío y aburrimiento como la alegría demasiado expansiva de los otros”. (Reglas VI, 3).

Si hacemos mortificación, la práctica de la castidad es más sencilla porque el alma se convierte en maestra de los sentidos. Entonces, si la tentación se presenta, basta con un pronto recurso a la oración para que se disipe.

“La virtud de la castidad es como un espejo, que al menor hálito se empaña. Vigilarán especialmente sus ojos, los apartarán cuidadosamente de cualquier cosa por poco inmodesta que sea”. (Reglas III, 1).

“Tendrán una devoción especial a la Santísima Virgen, su tierna Madre, y a San Luis Gonzaga, su patrono, para conseguir el don de la santa virtud de la pureza; la guarda de los sentidos, la vigilancia sobre sí mismos, una continua unión con Jesucristo mediante un tierno amor y frecuentes comuniones serán otros tantos medios para conservar sin

mancha, hasta el fin de sus vidas, lo que les hará merecer una corona muy especial en el cielo". (Reglas III, 7).